

PUBLICACIONES DE LA  
A DE ESTADO DE EDUCACION Y BELLAS ARTES

RAFAEL DAMIRON

# DE NUESTRO SUR REMOTO

-CONFERENCIA-  
LEIDA EN EL ATENEO DOMINICANO

CIUDAD TRUJILLO  
REPUBLICA DOMINICANA

1 9 4 7



DE NUBIARO  
SUR RENDITO



DE NUESTRO  
SUR REMOTO

13965, D

lig. Entr. 2018 / 7L

KoHA - 13569

BNPH  
PD. D.U  
AD 864.42  
D 151d  
1949



22 NOV. 1973

DE MESTRO  
SANTO DOMINGO



BN  
R0864.42  
D151d  
1947



## CONFERENCIA

Debo a la gentileza del Ateneo Dominicano, la honrosa oportunidad de conversar un breve instante con vosotros.

Si logro despojarme un poco de este difícil papel que me he impuesto, seguramente que habré de dejar cumplido un propósito que de mucho tiempo ha venido impulsándome, sin que hasta ahora haya podido vencer el temor de no poderme situar en el plano de confianza que exige toda conversación ajena a presuntuosidades solemnes.

Las impresiones que anhelo transmitir en esta plática sencilla, quizá hubieran alcanzado éxito resonante si en vez de ofrecerlas en un acto público, que exige ciertas "poses" doctorales, se escaparan de mis recuerdos, en la íntima y fructiva conversación con que solemos amenizar una de esas noches serenas en que, bajo un álamo del parque Colón, dejamos vagar el buen humor en la evocación de nuestro pasado pintoresco.

Esto de un auditorio formal, cuyo ojo crítico suele ver con demasiada severidad las vacilaciones de un ensayo sin pretensión, es cosa que pone angustias en la incipiente, y que resta una gran fuerza al entusiasmo con que he pretendido presentarme ante vosotros.

010449





De modo que si sois bondadosos conmigo, comenzaré por andar con paso firme entre los breñales de nuestras selvas; por encima de los riscos de nuestras montañas; y bordearé ríos que hablan de leyendas olvidadas; os tomaré de la mano, y os invitaré luego a descansar bajo la copa lozana de algún viejo roble, para que oigáis conmigo, desde los trémolos argentinos de un ruiñón enamorado de las estrellas, hasta el sufrido y hondo lenguaje de una copla cantada al oído de una mujer capaz de comprenderla y digna de sentirla.

Cuanto sea fruto de mis evocaciones, ha sido cosa vivida en mi errabunda juventud. La vida de un hombre de cincuenta años, que tiene en su memoria páginas que siempre han de agradar a quienes gustan de tradiciones, es un glosario de recuerdos. Todo abuelo es un anecdotario pródigo y feliz, y mis dos abuelas, vivieron más de cien años cada una.

Tengo, pues, el privilegio de haber oído hablar junto a mi cuna, el Tiempo en su mayor edad.

Sin animosidades partidaristas, sentí la envidia de la fama, y me subyugaron los nombres de muchos bravos paladines. Un punto de guerrilla tocado en una bélica madrugada, me hacía tirar de la cama para irme a la puerta de mi casa, ansioso de ver desfilar, descalzos unos, calzados otros, o resonando la soleta neybera los soldados del general Nicolás Cabullas. Verlos pasar me hacía arder en ganas de incorporarme al típico desfile.

Ir con ellos, entrarme en la pelea, volver con un ramo de guáyiga sobre el ala del sombrero de cana, ebrio de emoción, factancioso y alegre por el triunfo, qué bueno ha de ser!, me figuraba, hasta que un día, abrí la puerta de trancas del potrero de mi padre, enlacé su mejor caballo, me hice de una carabina, de una cartuchera llena de petrechos, y me fuí al monte.

Yo sentía ganas de ser como los demás hombres de aquel tiempo, y dormí muchas veces bajo un árbol, me enteré de

muchas cosas raras de la manigua, y jugué un albur, bebí aguardiente, comí carne medio cruda, y con la primera mañana, disparé el primer tiro contra no sé qué enemigo que aún yo no tenía.

Contra el monte, porque era necesario que mi "Remington" oliera a pólvora, y que este olor se convirtiera en olor de macho, en eso que entonces se llamaba "Bajo a hombre".

Y caminé mucho y trasnoché más, siempre buscando la aurora de un nuevo día que formara en mi alrededor una reputación semejante a la del más bravo guerrillero, o a la del más experto soldado de la revolución.

La vida del cantón hacía iguales a los hombres, y yo me hice amigo, lo mismo de un negro trashumante, que de un presuntuoso oficial, embustero y camorrista, de esos que llevan en la mochila, además de un juego de naipes españoles, una corna mañosa y un par de dados de marfil.

Allí aprendí sentencias, refranes y vocablos llenos de una amarga filosofía.

—La que zumba, no da.

—Nadie se muere la víspera.

—Si sobro, nos veremos en el pueblo.

—No nací para semilla.

—Pedrá que está pa'un perro, no hay gato que se la quite.

Con tales elementos rectificativos y ratificativos, olvidé las aulas del Colegio San Luis Gonzaga al regresar a mi nativo solar del Sur, escenario amplio y rico en bizarrías y talentos.

Fué allí en donde, por primera vez, sentí la ansiosa curiosidad de muchas cosas que nunca han podido borrarse de mi memoria.

Fué allí en donde, por primera vez, oí cantar, libre de dogmas y prejuicios, la música andariega de los frescos te-

rales que bajan de la montaña, y el poema del río que va entre esbeltos bambúes, coronado de espumas, hasta perderse en el mar.

El Sur, región en donde la verba autóctona aún resiste a las mixtificaciones de ese exotismo que ha invadido gran parte de América, fué el gran libro en donde aprendí a conocer la epopeya del primer rebelde consciente de este Continente, de aquel bravo, audaz, que se lanzó a las montañas del Batoruco para pedir la igualdad de los hombres en las tierras del Nuevo Mundo.

Al evocar el nombre de Enriquillo, sin darme cuenta, estoy abandonando el tono sereno que conviene a mi propósito de conversar con vosotros sobre cuestiones que están muy lejos de lo que pudiera ser un himno al grande hombre, o un poema a las páginas de su historia.

Entremos, pues, por el camino por donde debemos seguir, para conocer lo que es mi propósito que no ignoréis, por tratarse de nuestras riquezas típicas y de nuestras costumbres más interesantes.

El campesino del Sur, recio en el trabajo, vivaz y decididor en el trato con los demás, intrigó grandemente mi espíritu.

Su lenguaje, muy otro del que había escuchado entre los campesinos del Cibao y de la Capital de la República, afiló mi oído para gozar de una verba por demás singular y por demás castiza.

Me permitiré trasponer, en breves líneas, lo que por primera vez llamara mi atención al margen de una plática sostenida entre campesinos de la Común de Las Damas, hoy llamada Duvergé:

—¿Su merced me dispensará si la molesto pidiéndola un poco de agua? —preguntaba un hombre de por allí, al dueño de la casa cerca de la cual su recua había de pernoctar.

—En su casa es su merced quien todo lo dispone —contestó el rústico aldeano, que de tal suerte debía recibir a un peregrino.



La cortesía franca del campesino del Sur, data de la edad caballeresca, y de ahí que el concepto del honor y de la hombría sean bases tan definitivas en la historia del hombre de estas tierras.

Respecto de su hombría, quiero referir un caso singular, por la entereza de un personaje de aquel pedazo de nuestro país:

Cierta vez el general Pedro Santana, por entonces Presidente Constitucional de la República, citó a la pequeña torre de su palacio, al general Matías de Vargas, confinado político en esta ciudad, para hacerle esta pregunta:

—Es cierto, general Vargas, que usted trató de matarme el día en que fui a Las Zurzas del Alpargatal?

—General Santana, si yo hubiera querido matarlo entonces, lo mataría ahora...

Matías de Vargas, no era un jactancioso, ni un petulante. Su hombría era sincera e inmutable.

Cuentan que cuando fuera, días después, condenado a muerte en compañía de su hermano Juan Luis, se trasladó de Azua a la Capital su hermana Talala con el único propósito de estar presente a la hora de su ejecución.

Cuando el piquete pasó frente a la casa en donde ella aguardaba el desfile, se abrió una puerta y se oyó una voz que no era otra que la de Talala.

—Pórtense como los hombres, muchachos —dijo.

Matías volvió la cara, y al reconocer a su hermana, exclamó con voz firme:

—Tú me conoces, Talala —y siguió con paso firme hacia el cadalso.

Personaje de tanta arrogancia, no podía ser sino producto del Sur, la vida de los hombres de esta caracterizada región del país, era ejemplo de valor y de civismo.

En la madrugada del 23 de diciembre del año 1893, la categórica contestación de uno de los mártires del Jovillo, poniendo punto final al epílogo de su martirio, dice muy elocuentemente del carácter de sus hombres.

—¿Qué camino es éste? —preguntó, confuso, uno de los personajes de esta trágica mañana.

—El de las Clavellinas —contestó uno.

—El del Jovillo —contestó otro.

—Ni uno ni otro —afirmó el más destacado de los reos.

—¿Y cuál es, entonces?

—El más largo, el de la eternidad.

Y una hora después, una descarga de fusiles fué el fin de aquel diálogo siniestro.

Del Sur era también aquel bravo y bello tipo, que, obligado a desembarcar de un vapor que hacía escala en aguas de Puerto Plata, fué encarcelado en la Fortaleza de San Felipe, y condenado a muerte por el advenedizo general Escobosa.

Os hablo del bizarro general Valentín Pérez.

Frente a los fusiles que habrían de ejecutarlo, presentó serenamente el pecho para esperar la muerte; pero los soldados del piquete eran hombres del Sur, a quienes él había llevado más de una vez a la victoria. Al escuchar la orden de fuego, inclinaron hacia el suelo los cañones de sus fusiles.

El general Escobosa amenazó a los soldados, que, inmóviles, contemplaban a su antiguo jefe, y los increpó llamándoles traidores.

El general Valentín Pérez, roja la faz de emociones inesperadas, gritóles con voz firme:

—Compueblanos, cumplid con vuestro deber. La disciplina os manda darme muerte, y aquí estoy para recibirla.

Volvió a erguir el pecho, y su voz continuó, mientras lan-

zaba su sombrero a los pies de los soldados que habrían de ejecutarlo:

—Preparen... armas; apunten... fuego!

Los proyectiles no hicieron blanco.

Sonó la oración en el campanario de una iglesia cercana, y fué suspendida la ejecución.

Cuentan que al amanecer del otro día, apareció en los calabozos de la Fortaleza San Felipe, muerto a puñaladas, el cuerpo del general Valentín Pérez.

Tales eran nuestros hombres, y tales nuestras cosas.

Ando alrededor de estos episodios, porque de ellos ha de salir el punto central de esta conversación, que ha de daros noticias de muchas cosas ignoradas de nuestro país, y que son de un valor inapreciable para el estudio de la psicología de sus habitantes.

Si os diérais a observar las características de nuestros hombres, tendríais que comprobar la profunda diferencia que existe entre los componentes del Sur, del Este y del Norte de la República.

Distintos en su lenguaje; distintos en sus costumbres; distintos en sus medios de vida; expansivos los unos, reservados los otros.

Para notar la disimilitud existente entre ellos, es preciso haber viajado por unas y otras comarcas.

De Jura a Pedernales, comprendiendo El Cercado y Póster Río, encontraréis al hombre atento y susceptible, a la mujer rabiosamente honrada.

La vida recia, la acción estéril de la Naturaleza, que impone al hombre mayor esfuerzo para sacar de ella su sustento, aguza sus sentidos; centuplica su resistencia; doma su impaciencia; lo hace más egoísta en la posesión de lo poco que pueda conquistar su empeño, y su composición física es más



fuerte; su mente más ejercitada; su inteligencia más viva, y más profundo su amor propio.

Tábara y Pesquería, porciones inmensas de tierras áridas, cubiertas de espinas, en donde hasta el rumor del aire se hace imperceptible para que sea más ardiente el sol de la canícula; en donde la piedra del camino quema como una brasa; en donde una malla de zarzales cierra el paso al caminante, son escenarios trágicos de la lucha por la existencia, y de cuyo acervo surgen tipos del optimismo de Rodó, que han de sembrar sobre granito, y que han de sacar trigo fresco de la candente fragua que funde el hierro del arado y embota el filo de la azada.

Y la mujer de este hombre, que lo es por ley de una virilidad excepcional, responde con una fidelidad tan definitiva a sus reclamos, que no hay manera de que no sienta todos los días, en la dulce espera del compañero que regresa del trabajo, el orgullo de su dueño y señor, para engalanar su endrina cabellera con el resplandor de una dorada flor de abrojo, que sea cáliz de miel para endulzar los labios sitibundos del amado.

Y no es que quiera yo ser parcial al hacer aseveraciones esenciales respecto de la psicología de nuestra gente del Sur; las estadísticas comprueban que la mujer de esta región, sólo en casos rarísimos, ha contribuido al auge de la prostitución profesional que hoy invade nuestras principales ciudades.

Si vais por allí, no será extraño que la encontréis viajando a lomo de mula, para estar temprano en el "marché" de la colonia tal; para llegar mañana al de la ciudad de San Juan de la Maguana; para estar todos los días en una ocupación que la impone defender el fruto de sus esfuerzos; para hacerse digna del hombre que por ella vive bajo el sol, sembrando y cantando junto a la hermana zarza del sendero.

De modo que el fundamento de su orgullo, tiene como base el duro costo de su existencia.

Y de ahí que al burlar los límites de su cortesía innata, se pueda fácilmente llegar a la tragedia; pero si llegáis en cualquier día a la puerta de un campesino del Alpargatal, de San Juan de la Maguana, de Cambronal, de Paraíso, o de Enriquillo, el jefe de la casa os gritará desde el fondo del patio:

—Desmóntese, amigo!

Y tomará de la rienda vuestra montura, aflojará el cincho de los aperos, y si os tardáis un poco para descansar, os ofrecerá una hamaca para sestar, sin preguntaros quién sois, ni de dónde procedéis. Pero si hacéis más larga vuestra visita, aumentará su espíritu hospitalario y llenará vuestras alforjas con obsequios, productos de su fundo, que la mano cuidadosa de la mujer acomodará al despediros. Mas no intentéis retribuir tales presentes, porque entonces, se os mostrará enfadado, y quizá os diga:

—A la entrada de esta casa hay una cruz, y soy cristiano. Las montañas no se encuentran, las piedras rodando sí, y ya usted sabe, no hay hombre sin hombre.

La mujer del campo, no siempre logra contraer matrimonio, pero casi siempre vive con el recato de la mejor esposa al lado del hombre elegido por sus amores.

El concepto del honor es tan exigente en aquellos reducidos medios, que yo sé de más de un caso en que por no ser buena una mujer, fué expulsada del poblado, por querer expreso de la unanimidad de los vecinos.

Y es que la pertenencia recíproca de un hombre y de una mujer, es por allí tan definitiva, que aún cuando no los una con un contrato matrimonial, hace que todos los nombres lleven un signo de posesión inconfundible.

Al decir de Rosa, la mujer de Pedro, todos os dirán: Rosa la de Pedro, y viceversa: Pedro el de Rosa.

Los hijos llevan este signo hasta que unen sus destinos con una mujer, y mientras no lo hacen, él se llamará José el

de Pedro; José el de Rosa, y ella se llamará, María Pedro, o María la de Rosa.

Al referirse a la hija que vive en concubinato, no es extraño oír del padre, o de la madre, esta expresión muy singular:

—Mi hija se empleó con Fulano.

Esto mismo, sin embargo, resulta tan definitivo como el más regular matrimonio, ya que por un convenio tácito, los intereses creados dentro de esta unión, casi nunca son motivos de controversias judiciales entre los familiares.

La señal en la oreja del ganado vacuno o porcino, la estampa y el fundo, la casa y la crianza, forman una comunidad ajena de litigios, porque echan sus raíces sobre bienes comunes. El patrimonio de ambos pasa a ser pertenencia de los hijos, y la familia nunca se atreverá a mirar con codicia el bien de sus propios, como ellos denominan la posesión natural de tales bienes.

Yo no sé si a vosotros os interesará que antes de entrar en otros aspectos muy singulares de la vida de mis coterráneos, quiera yo detenerme un poco en lo que podríamos denominar un problema de cooperación social entre los mismos.

Inseguro, pues, como lo estoy a este respecto, me limitaré a exponer, a grandes rasgos, el espíritu de cooperativismo que desde remotos tiempos dirige y crea los intereses de los campesinos de las más apartadas regiones del Sur.

Cierto día, sorprendió mis oídos el ruido de un caracol que llamaba a juntas a los vividores de un pequeño poblado llamado Palmarillo.

Preguntando a un vecino la significación de aquello, me contestó de esta suerte:

—Es luna llena, y hay convite para aderezar la casa de un vecino.



Esperé la noche y fuíme al sitio ya indicado, para presenciarse, con el espíritu lleno de emociones ignoradas, esta preciosa escena que os voy a describir:

Debajo de un lindo palmar había una casa, que, para ser habitada por sus dueños, solamente le faltaba la techumbre.

En derredor de la casa, se degollaba un cerdo; se molía café en pilones de madera recia; hervían ricas viandas en las fogatas cercanas; bellas muchachas alegraban con su risa el bullicioso ambiente; sobre el enlatado que habría de servir para cubrir la casa, algunos jóvenes recibían de las muchachas pencas de palmas para techarla; cabe un granado en flor, algún joven tocaba un "cuatro" y echaba a volar una linda copla, que alguien repetía desde la cumbre que la luna llenaba de luz y de romanticismo.

Cuentos, epigramas, cantares, música que venía de un acordeón ejecutando bellas "mangulinas" y graciosos "carabinés" de la época, contribuían también a que fuera más agradable aquel convite.

La novia y el novio que habrían de hospedarse bajo la fresca techumbre en que cada quien ponía un poco de su buena voluntad, se deshacían en complacencias con los convidados, y miraban ansiosos la terminación del bohío en donde habrían de amidar sus amores.

De esta suerte, y en esta forma, y con la cooperación de todos los vecinos, se talaba el monte, se hacía el habite, se cosechaba el fruto y se llegaba a formar el pequeño fundo, base segura de una vida sin preocupaciones.

Y aquel cuadro lindo, en que las estrellas parecían enjambres de azucenas nupciales que se abrían al amor, era la base promisoría de la formación de la familia.

De allí surgiría la casa, el huerto, la flor y el hijo; luego, el fundo, quizá más tarde la hacienda próspera y la escuela; acaso el héroe, seguramente el ciudadano, el paladín de una epopeya, o el mártir de un ideal.



Hace ya mucho tiempo que extrañas orientaciones, diferentes vocaciones y distintas tendencias, me alejaron de aquellos paraísos en los cuales no sé si la vida moderna ha podido determinar cambios fatales; pero yo os aseguro, señores, que su dominicanismo más elocuente se comprueba en que, siendo por allí por donde más cerca se está de las fronteras dominico-haitianas, es, precisamente por donde nos encontramos con la más perfecta pureza de dicción de nuestro idioma, y con el más perfecto celo de nuestro patrimonio nacional, frente a las remotas y maliciosas penetraciones de nuestros vecinos del Oeste.

Se habla mejor español en Tierra Nueva, en Trujín, y en El Limón, que en los alrededores de la Capital de la República.

¿Por qué no ha podido influir el dialecto francés en la terminología del idioma castellano entre nuestros compatriotas de las fronteras del Sur?; no lo sé. Pero es lo cierto que con frecuencia fui sorprendido al escuchar a un habitante del pueblo de Las Damas, cuando al hablar se explicaba de este modo:

—Llegando que llegamos a la cuesta del Salado, comenzó a harinear y temimos que no pudiéramos seguir nuestro camino.

Esta expresión no la encontramos al hablar con ningún otro habitante de nuestro país.

Pero por más que he pretendido indagar el origen de este celo por nuestro lenguaje, nada me ha podido ilustrar sobre tan interesante asunto.

Entremos, pues, en otros aspectos de esta conversación, que espero no haya provocado el primer bostezo de ninguno de mis oyentes.

.....  
.....

Andando que fuera el tiempo, oí contar por boca de ancianos que habían ofrecido su juventud a la guerra contra los



haitianos, cómo después de las luchas independentistas se vió envuelta toda la provincia de Azua, que entonces comprendía la región de Barahona, en la Guerra de los Seis Años.

Rojos y Cacoces, sostuvieron, en tan largo período de discordia, la guerra más tenaz que registra la historia de nuestras contiendas civiles.

De cuanto allí pasó, poco se ha escrito, y a no ser por lo que sus poetas campesinos y sus músicos nos han dejado, muy poco podríamos aprender en las crónicas dispersas que pretenden abarcar período tan excepcional.

De Cambronal de Neyba a la bahía de San Alejandro, y de ésta hasta Las Charcas del Maniel, sólo dos cosas interesaban a la poca gente de paz que por allí vivía, y eran éstas: los Cacoces y los Colorados.

Persecuciones, confinamientos, muertes, robos, crímenes; todo este alud siniestro se precipitaba por encima de la vida de aquellas regiones.

Y, como es natural, de tal ambiente surgieron tales hombres. Bravíos los unos; audaces los otros; bárbaros los más.

Productos de este estado de cosas, fueron Solito y Baud, Manuel Ventana y Yinito.

Del primero, cuentan que cierta vez ofreció a un Presidente la cabeza del general Ogando, y que, no trayéndosela después de una arriesgada incursión por los dominios de los Cacoces, regresó con las orejas de su víctima para ofrecérselas a su amo en prueba de valor y de lealtad.

Al regresar Solito, dijo así a su jefe, mientras le entregaba el grosero botín:

—General, la cabeza *jedía* mucho y tuve que botarla en el camino...

Es, pues, este Solito, criminal y romántico, a quien llamaban como tal por su temperamento solitario, taciturno y



silencioso el tipo central de los creadores de esa música popular que informa muchos hechos trascendentales de la época.

Oigámoslo disculpándose de los crímenes que se le atribuían:

“Dicen que Solito es malo;  
Solito no es malo ná,  
Solito castiga al malo  
y al bueno no le hace ná”.

La música de esta copla está hecha a compás de carabíné, baile sobre el cual me propongo hablar más adelante.

Al traer aquí este cantar, que carece de toda belleza por su forma y por su fondo, por su prosodia y por su demostración de barbarie, lo hago, precisamente, para entrar de lleno en lo que pudiéramos llamar matriz de nuestro acervo típico: la copla.

Yo he oído ensimismado, hechizado, en más de una tranochada bohemia de Madrid y de Sevilla, el “cante jondo” en la copla gitana, copla siempre impregnada de trágico amor, de desesperante y profundo sentimiento. Su música es el grito, la quejumbre del alma mora, recogida por ese espíritu supersticioso y trágico del gitano.

En los cuatro versos de una copla, canta Andalucía el amor maternal, el duelo de la novia muerta, el gozo de una venganza y la belleza de la hembra que ama.

En los cuatro versos de una copla, pone el alma sureña todo el oro del sol del trópico, el perfume del campo, lo estéril de la tierra y lo triste de la vida. Lo mismo un pedazo de historia, que un anhelo; lo mismo una confesión de amor, que un resumen filosófico.

Pero es la copla, siempre la copla, la que ha de cantar la gloria de una proeza heroica, o la parte cómica de una derrota.

Frente al visitante joven, que galantea la hembra ladina y desconfiada, que tiene la amarga experiencia de muchos

que, como él, robaron un corazón para después dejarlo en el abandono, oigámosla decir:

"El amor del forastero  
es cual la flor de la tuna,  
que "jinca" y deja la mancha,  
sin esperanza ninguna".

Esta clase de poesía, se denomina, entre los compositores campesinos, *copla en amor*, y sirve de pie para una *décima* que deba terminar, en cada una de sus estancias, con uno de los versos de la misma.

Las hay también que se denominan *coplas en desafío*, como ésta que me permito transcribir:

Yo soy gallo entre los gallos,  
y no sé retroceder,  
cuando se encuentra por medio  
el amor de una mujer.

Concorre a estas líricas polémicas, gente versada en la improvisación, y lo mismo lanza una *copla en amor y desafío*, que por lo divino y en pregunta. Por lo primero, cuando se hace alusión a la divinidad de Cristo; por lo segundo, cuando es en forma interrogativa.

Es la margen de un río, el sitio más concurrido por las muchachas de la aldea. En la tertulia de todos los lunes, algo nuevo han de traer para ser comentado con alardes de buen humor, mientras exprimen una blanca muselina ya lista a recibir el aire y el sol que ha de ponerla en condiciones de remojo.

Pero como en donde hay dos mujeres hermosas, ha de haber también envidias y celos, oid esta *copla*:

Nada se queda escondido  
sufriendo dichas ajenas,  
hay muertos que no hacen ruido  
y son mayores sus penas.

Como callar la respuesta sería aceptar la acusación, aquella que se crea aludida, contestará:

El mundo, niña, es redondo,  
redondo como una bola;  
yo le doy cuarenta vueltas  
sin que me pisen la cola.

Devuelta así la indirecta, no es raro que vengan a flor de labios muchas coplas más, que a unas y a otras llevarán amargura o alegría.

Allí es oída la última canción que la noche antes cantara un trovador de la villa, y ya entonces, la conversación toma carácter más interesante.

Casi todas las muchachas son sentimentales, y todas, a pesar de su temor al forastero, aspirán al amor de un joven de poblado más grande, que se las lleve a vivir como nobles señoras a otro ambiente mejor.

Pero permítaseme recordar ciertas coplas de orden histórico, que son acaso la única nota informativa de hechos que nuestra pobre historia ha dejado en el olvido.

Al adquirir el Presidente Báez una gran cantidad de fusiles "Remington", los primeros que llegaron a este país, de rápido funcionamiento en su carga y descarga, armó sus batallones y los lanzó en persecución de los Cacoces, que merodeaban en los campos de Cambronal.

Los Cacoces sólo disponían de fusiles antiguos, cuyo difícil y complicado manejo hacía tardíos sus disparos. Se trabó la primera batalla, y los Cacoces sufrieron una derrota lamentable.

El fusil de los Cacoces se denominaba *carabina de pistón*; el de los Colorados o Baecistas, *carabina de aguja*.





He aquí cómo comentó Solito, en una copla satírica, el fracaso de los Cacoces:

"Carabina de pistón  
no tiene seguridad,  
en llegando a las agujas  
el pistón no vale ná".

De este mismo Solito, poeta y criminal empedernido, es esta otra copla, que pone de manifiesto su tristeza después de la caída del Presidente Báez.

Prófugo que andaba por las sierras de Martín García, al ver en el horizonte la vela blanca de una nave que se acercaba a la costa, reunió los pocos hombres que con él andaban, acarició con sus manos el acordeón que le servía de constante compañero, y cantó así:

"¿Qué es aquello que se ve  
por los golfos de la mar?  
¿Si será Ventura Báez  
que nos vuelve a gobernar...?"

Esta composición, que aprendí bailando un carabiné, hace muchos años, fué tan popular como popular era el nombre de Buenaventura Báez.

De modo que la copla es el único elemento de publicidad que sirve de información a las generaciones que fueron después de aquella época sangrienta.

Sin ella, ni siquiera conoceríamos el nombre de los personajes que se movieron en el escenario trágico de aquellos seis años de lucha fanática y sombría.

La copla es himno en nuestra vida campesina, al conductora sobre la cual vuelan, aún dispersos, muchos motivos que merecen la gracia de la historia.

La característica de un medio, de sus componentes, hay que buscarla en la filosofía espontánea que brota del cora-

zón, ya para manifestarse en un ansia de amor, como para salirse en la explosión de un estado de alma.

La copla nuestra, arranca de la edad colonial, milita en la edad media de nuestra vida, y ha de llegar hasta nosotros como un lejano y apagado eco del romancero perdido en la indolencia de nuestra rara idiosincracia.

Lo que no he podido nunca saber a ciencia cierta, al oír la música de un carabiné, de una media-tuna, de una tuna, o de una mangulina, es cuál ha sido el primero en la inspiración, si el autor de la copla, o el de la composición musical.

La media-tuna, que para mi humilde entender es una derivación de la "petenera" andaluza, soporta en su estrecha gama rítmica, cuantas coplas sean improvisadas en redondillas.

No así el carabiné y la mangulina, cuyos motivos musicales, si fieles al mismo compás, varían y se acomodan a la letra.

La media-tuna es cantada, casi siempre, a la puerta de un bohío en donde se vela el cadáver de un recién nacido, en una velación o en un convite nocturno.

La tuna, sólo se ha cantado en el cantón, y en ella se pone casi siempre un motivo épico, o una exaltación a los dioses.

El carabiné, que es músicaailable, cuyos movimientos imponen al bailaror figuras de mazurca o de minué, y que un director de baile o bastonero, manda en voz alta, siempre se acompaña de versos alusivos a proezas y a intrigas de amor.

La mangulina, y voy a hacer aquí una afirmación que acaso sorprenda a mi auditorio, es lo que hoy se denomina merengue, y cuyo origen se atribuye cierta región del Cibao; pero no es así: ésta data de más de cien años en la parte Sur de la República, y lo comprueba la circunstancia de que en muchas de ellas son cantadas cuestiones relativas a hechos remotos, acaecidos en los poblados de Petit-Trou y de Las Damas, por allá por el año 1876.

Como de cosa muy antigua me refería una vez una de mis abuelas, que ella bailó en su juventud una graciosa mangulina, compuesta a propósito de una ley de veda, decretada por el general Bimbín (Juan Bautista Sánchez, jefe cantonal de Petit-Trou), que prohibía, con asombro de todos los habitantes de aquel poblado, la caza de pichones de palomas, que por allí eran tan abundantes.

He aquí la letra de esta composición musical:

"General Bimbín,  
déjese de bullas,  
usted se está creyendo  
que las palomas son suyas".

Con la muerte del general Mandé, hace de esto no menos de cincuenta años, surgió otra mangulina, obra de un autor del poblado del Rincón, que al referirse al asesinato de este hombre, que tenía fama de ser el más elegante en el vestir, de todos los jóvenes de su época, dice así:

"Señores, esto no es justo,  
que en forma tan traicionera  
maten de esa manera  
a un hombre de tanto gusto".

Pero tengo entendido que eso que hace muy pocos años se atribuye a los compositores del Cibao, y que se ha entronizado con el nombre de "merengue" en estos últimos tiempos, fué dejado por allí por los hombres de la Media Brigada de Neyba, compuesta por soldados del Sur, que fueron llevados al Norte durante los gobiernos de Báez y de Ulises Heurcaux.

El autor más célebre de aquellos tiempos, en el Sur, se llamó Ireneo Carlita, capitán de la Media Brigada, y autor de un carabiné que lleva por título su propio nombre, y que yo oí por allá por el año 1910, en el pueblo de Juan Gómez, don-



de se le llamaba el Juangomero, porque fué por allí por donde precisamente, encontró más auge esta famosa composición musical.

Positivamente, este es un asunto que exige un estudio largo y cuidadoso de parte de profesores, que como Cerón, Rafael Ignacio, Peña Morel, Ravelo y Pancho García, se dispusieron a reunir las noticias dispersas que circulan a este respecto y que yo aprendí, poniendo el oído atento a los cantares de algún soldado nostálgico, que en el cuartel rumiara recuerdos de su tierra lejana, o en el chiflar de algún mancebo solitario que cruzara bajo la luna por el camino, y ahuyentara de ese modo la soledad de la hora.

Yo he oído estos cantares, y esta música, muchas veces en mi vida, y quiero creer que la música regional circula con la rapidez del viento, y que a ello se debe que diez años después de haber saboreado una tonada campesina, bajo los palmares de Pesquería, me haya sorprendido esta música, aunque con distinta letra, en una fiesta de Pedro García, o de Yuma Adentro.

Con la letra que voy a transcribir, oí no hace mucho tiempo, una música muy conocida de las regiones del Sur. Esto fué en las costas de Matanzas:

“Las mujeres son  
como las guineas,  
dejan el camino  
pa’ cojer vereá”.

Hace diez años la oí también en un campo de Macorís del Norte, con esta otra letra:

“Juana la bozúa,  
la de Macorís,  
dicen que más nunca  
vuelve por aquí”.

Con una tonada exactamente igual, la escuché en mi niñez, con esta otra:

“Unas van de cal  
y otras van de arepa;  
nunca te enamores  
de mujer ajena”.

Aspectos son éstos, que desorientan al mejor observador, porque sin un estudio paciente, poco habríamos de encontrar para ofrecer la verdadera existencia del “folklore” nacional.

Elementos que no han salido nunca del reducido campo de acción del ambiente urbano, y que han querido hallar la verdad dominicana en hipotéticas teorías de sabios de ultramar, se muestran reacios a consagrar un “folklore” musical nacional.

Al consentir como verdad esta peregrina duda, echan manos sobre cosas que les son superficialmente conocidas, pretendiendo con ello negar la existencia de aquellas que, para ser bien estudiadas, es indispensable haberlas vivido.

Sigfrido sigue el trino de un ave cantora en los bosques teutones, y Wagner hace que su canto sea nota de contrapunto en el motivo obligado de su música genial.

Sin embargo; hay quienes duden de la capacidad de nuestro campesino para llevar a su acordeón lo que él entiende del lenguaje musical de nuestros rusesños.

¿Será que no cantan nuestros ríos?

Será que no es música la del viento que mueve nuestros pinares?

¿Que no lo es tampoco la del caracol de nuestros pastores?

¿Será que carece de rumores amables el murmurio de nuestras fuentes ?

O es que, aquí, en la tierra pródiga de esta parte de América no existe la innata armonía de la Naturaleza?

¿Qué dolor nos causaría llegar a la conclusión de que en la tierra del "balsié" es mudo cuanto vive, e inarmónico cuanto vibra.

Yo que he pasado noches enteras en la quietud de un bosque nuestro, oyendo los piccicatos de los "carcajies" cimarrones; el croar de las ranas; el bramido de un morucho; el arrullo de una paloma; el balido de una oveja; el relincho de un potro; la suave rapsodia del caminante, y todo esto sometido a las pautas del silencio, quiero creer que sí hay elementos típicos para consagrar el "folklore" dominicano.

Hay música en dondequiera que haya Naturaleza; oigamos si no, al inmortal Rubén Darío, hablándonos de este secreto íntimo de las cosas:

### EPITALAMIO BARBARO

El Alba aún no aparece en su gloria de oro.  
Canta el mar con la música de sus ninfas en coro  
y el aliento del campo se va cuajando en bruma.  
Teje la Náyade el encaje de su espuma  
y el bosque inicia el himno de sus flautas de pluma.

Es el momento en que el salvaje caballero  
se ve pasar. La tribu aúlla y el ligero  
caballo es un relámpago, veloz como una idea.  
A su paso, asustada, se para la marea;  
La Náyade interrumpe la labor que ejecuta  
y el Director del bosque detiene la batuta.

—"Qué pasa? —desde el lecho pregunta Venus Bella.  
Y Apolo:

—"Es Sagitario que ha robado una estrella".

• • •

No conozco el tecnicismo de que se han valido algunos maestros, para discutir la ausencia de originalidad en la



inspiración de nuestros músicos campesinos, pero he de creer que el hecho de encontrar en ella ritmos que también se encuentran en la música exótica, no quita originalidad en la armonía, ni autenticidad en su inspiración.

El verso endecasílabo, no es, ni lo fué nunca, americano. La redondilla, el verso alejandrino, la décima y todo eso que, ya en el reducido marco de una copla, o en el de un soneto, ha formado poesía en América, no ha perdido su originalidad por la circunstancia de obedecer a ritmos poéticos ya clasificados por las reglas de la retórica.

En un mismo marco pueden haber, lo mismo un panorama de las estepas rusas, que un reverdeciente paisaje del trópico.

El continente puede obedecer a una regla invariable; pero el contenido, cuando ofrezca una modalidad sentimental característica, alcanzará siempre una originalidad que la hace inconfundible.

La causa de nuestra ignorancia alrededor de este importante aspecto de nuestra vida campesina, es preciso confesarlo, no ha sido otra que nuestro atávico césden por las cosas del país; por el temerario afán de destruir cuanto tienda a ser; por el mutuo menosprecio que nos profesamos; por la insignificante y humillante preferencia que ofrecemos a cualquier aventurero extraño que reclame nuestra cooperación para un fin especulativo y sospechoso.

Nos ignoramos y nos combatimos con una obsesión suicida; negamos nuestros propios méritos, creyendo que sobre la ruina de ellos será más fácil convertirnos en valores de más pura realidad; vivimos separados hostilmente, y en cuanto nos sentimos con alas, nos hacemos de una garra para clavarla en la reputación del compañero que pretende volar también.

Al abrir los ojos y sentirnos capaces de penetrar en los misterios hermosos del pensamiento, nos invita más el gris

imaginario de una región ártica, que el azul resplandeciente que corona nuestras montañas; somos egoístas porque se nos educa junto al corrillo murmurador y disolvente que nos enseña a despreciar lo que más cerca debía estar de nuestra simpatía.

Por eso, es preciso repetirlo: en lo nuestro está la victoria grande del talento dominicano. Hay que desentrañar del pasado todo ideal digno de la consagración de la historia. Hay que amar la belleza de nuestras rosas por encima de la novedosa impresión de las lánguidas orquídeas.

¿Qué puede contarnos la luna mugrosa de una noche ártica, cuando de niños hemos platicado con nuestra amplia y límpida luna tropical?

¿Qué puede decirnos el compás de un "fox", de ritmo estandarizado, teniendo, como tenemos, la danza efusiva, comunicativa y dócil que se inspira en el balanceo de nuestras palmeras o en el rumor del aire sobre un campo de nardos?

Hace muchos siglos que el último Boabdil salió de España, y sin embargo, la queja profunda, el sufrido grito de su sangre, aún palpita en el "cante jondo", en ese canto que es siempre una fresca resurrección del alma andaluza, y que es fandanguillo adulador en la taberna, saeta doliente al paso de su virgen serrana, o requiebro que florece tras el mantón que rompe en luces sobre el clásico tablado.

Si queremos dominicanizar nuestra ideología de portaestandartes de la cultura nacional, fuerza es que busquemos su parte más bella y más definitiva, en el ritmo del "tololé" de un hachero; en la copla arisca que desciende al llamo para que la vistan con alas de mariposa presta a disecarse en las hojas del infolio de algún sabio de la urbe.

Para ello no es menester un gran esfuerzo; pero sí una gran convicción, un gran apego a esa querencia que vive en nosotros, que hace de nuestro corazón un filtro de sentimientos martirizados por el "esnobismo" disolvente que nos apa-

ga el precioso don de ser lo que somos, dominicanos por la herencia, por las costumbres, por el desinterés, por el menosprecio a la riqueza egoísta y sórdida, que quiere otro nivel para mirarnos desde muy alto, sin poder crecer dos pulgadas más de lo que positivamente somos dentro de nuestro rancio nacionalismo autóctono.

Cuba con su música afroantillana, es más tropical, más de Gómez y Maceo; más del cubano, que cuando por impulsos de especulación ensaya un "blue", o estornuda con los trombones de un "jazz-band".

Nosotros, cuando en una jarana de tierra adentro, sentimos los disparos de un "balsié", estamos más cerca de nuestra razón étnica, que cuando por un desmayo patriótico preferimos las cabriolas sofocantes de un "foxtrot".

Nuestro trópico espléndido, quiere ruidos de palmeras; rumor de arrollos cristalinos, croar de ranas semipétreas; arrullos de palomas montaraces; berridos de cabras y mugidos de toro sabanero.

Y esto porque en todo ello hay algo de nuestro llamo, de nuestros bosques, de nuestra piedra centenaria, de nuestro indio desaparecido, de nuestro negro bueno, de nuestro heroico mulato, de nuestro blanco democratizado ante la cruz de la bandera de la Patria.

Y ya que me alejo tanto, con peligro de caer en una ridícula filosofía de este sentimentalismo mío, os ruego dejarme volver a aquellos paraísos del Sur, para traerlos de la mano a la sombra de las musgosas piedras de esta ciudad querida, en donde si no triunfa la música de nuestros rústicos artistas, fué la canción el puente siempre tendido de una ventana al corazón de un poeta.

La canción de esta parte de la República, también del Sur de la isla, tiene ya más de cien años; quizá más de doscientos años; pero ni vino de Europa, ni salió de la entraña de la tierra nuestra.



Quiero creer que la canción es más antillana que dominicana, en ella encontramos estilos que se confunden. En los distintos puertos del Mar Caribe, como en los del Golfo de México, rige el mismo ritmo en la canción, y es esto más notorio cuando es imposible encontrar disimilitud entre una canción de Veracruz y de Mérida de Yucatán, o en las que se cantan en la mesa central de los Estados Aztecas.

Sin embargo, el más criollo de los compositores nuestros o cubanos, puertorriqueños o porteños del Golfo de México, podría poner su firma a una canción originaria de estos lugares, sin que extrañara ni a los compositores de aquellos países, ni a los compositores de éstos.

La canción, aquí como allá, está regida por un mismo método en el ritmo, y está invariablemente construída en dos motivos musicales que se repiten cuantas veces haya necesidad de hacer más larga la letra de una canción.

En la composición musical de Guty Cárdenas y de Agustín Lara, existen los mismos resortes que en la canción de Sindo Garay o de Anckermann. El "huapango" típico de México, nada tiene que ver, sin embargo, con el "punto cubano", porque mientras éstos corresponden al "folklore" típico de ambos países, y en ellos se arraigan para gozar de una constante primavera, no han tenido jamás ninguna similitud, porque, precisamente, tienen su origen en las características esenciales de dos razas distintas. De ahí que como ave de paso, sólo alguna rara vez se detengan a ofrecer la riqueza de sus ritmos bajo el fulgor de nuestro cielo.

La música típica, que es: "huapango" en México, "punto cubano" en Cuba, "joropo" en Venezuela, "mangulina" o "carabiné" en nuestro país, es viajera que no levanta tienda en países extraños, sino que a las veces se escurre por entre tablados exóticos, ansiosa de volver a sus predios de origen.

No así la canción. Esta se va en los labios del marinero que visita nuestros puertos, pero no vuelve, como tampoco regresa a los puertos de aquellos países de donde saliera, para cubrirse de olvido.

Sólo dos canciones que conozco, han podido sostenerse como nuevas, acaso por su espíritu de evocación, durante un largo tiempo en el repertorio de una larga existencia: "La Paloma" en México, y "La Dorila" en la República Dominicana.

De modo que, por lo general, la canción es material de exportación migratoria. Aparece en cada puerto vestida de nuevo, pero como el "fox" y como el "blue", que nos vienen de los Estados Unidos de América, vive un mes, vive dos, aparece en un escenario, salta a los salones vive en la aristocracia, la hace suya el populacho y, sin que uno pueda darse cuenta, se va a hurtadillas, hacia el más definitivo olvido.

Cuando un mexicano quiere evocar su canto de cuna, musita "La Paloma"; cuando un dominicano de esta Ciudad Romántica, quiere hablar de algún viejo recuerdo de amor, canta "La Dorila", porque éstas tienen aliento criollísimo, que exige y se impone en nuestro sér, algo remoto que tiende a formar personalidad de cosa típica en su modulación, en su intención y en su poesía.

¿Por qué?

Porque eso es lo que siente el alma grande de este cielo del Caribe. En la misma canción que acarició nuestros sueños infantiles hay siempre un motivo que vence las volubilidades de los años y el inestable amargor de la lucha por la existencia.

Yo he sentido muchas veces, en mis noches de bohemia, al cruzar por una de estas calles de la Ciudad de los Colones, el eco perdido de muchas canciones que fueran mensajeras de amor de trovadores ya muertos.

Acaso hoy no se sienta como cosa grande, la música de esas canciones, porque hoy andamos un poco lejos de nosotros mismos; nuestros ojos abiertos ansiosamente sobre los misteriosos senderos del mar, prefieren ver lo que les es extraño a oír la diana perenne de nuestros ruisñores; pero será inútil que camines, dominicano, la tierra te llamará para

que vuelvas. Que no hay afecto profundo, ni hay glorias amables, sino entre aquellos que nos vieron nacer y que nos dieron una patria, chica o grande, pero patria, cuyo patrimonio nadie podría discutirnos, al obedecer a las fuerzas sinceras de nuestro corazón.

En esta ciudad llevo enterrados muchos años; en ella he celebrado los funerales de mi juventud, de ahí que en cada vieja ventana que aún resista el empuje destructor del tiempo, se me figure ver una novia lejana, a quien quise tanto como ya no es posible que vuelva a querer.

Yo he vivido sus noches, he oído su corazón y he sentido su alma sin que haya sido posible olvidar nada de lo mucho que forma mis recuerdos.

La pequeña escuela del barrio, en donde aprendí las primeras letras; la otra escuela de donde me fugué un día de San Andrés, para no volver más; la de la Logia "La Fé", en donde el maestro Trabú me reconvenía con paternal dulzura; el colegio de "San Luis Gonzaga", forman el acervo inolvidable de mi vida.

Soy un capitaleno de tradición, y por eso, ante sus bellezas murales, dí a luz mi primera estrofa, y canté mi primera canción.

Yo no sé si este movimiento intelectual que se inicia al amparo de la paz consciente que nos rige, se debe a la acción de un propósito perseverante. La hora exige colocarnos al nivel de las manifestaciones de progreso que nos ponen en la avanzada de la civilización; pero para mostrarnos dignos del esfuerzo y del sacrificio que tal empeño representa, es preciso tender a formar una personalidad esencialmente dominicana.

¿Cómo?

Amando lo nuestro, y amándonos nosotros mismos.

Que no digan mañana nuestros hijos, que al desdén de nuestras cosas deben el desconocimiento de la historia de su patria.



Si a la indolencia de nuestros padres agregamos nuestro desinterés y nuestro olvido, sólo les dejaremos el sepulcro de nuestro pasado y de sus glorias.

Sepamos, y para siempre, que al engrandecer el esfuerzo de aquellos que nos dieron patria, nos engrandecemos nosotros mismos. No hay manera de que sobre las ruinas intelectuales de una época, pueda levantarse en bases fuertes una civilización definitiva. Toda cosa realizada para perpetuarse en el tiempo, ha de tener un pasado y un porvenir. Sin un presente sólido, inútil será sembrar para el mañana.

De ahí que si no seguimos gradualmente la trayectoria de nuestra vida y de nuestras costumbres, carecerá nuestra imaginación de colores con qué hacer vivir la autenticidad de nuestro acervo ancestral.

No importa que la lucha por la existencia nos ponga a ratos frente a las groseras verdades de la vida. Si somos espirituales y sinceros, contra sus infidencias, contra sus dificultades, opongamos nuestra soledad contemplativa.

Voy, pues, para terminar esta conversación, a glosar, como un homenaje a nuestros trovadores y poetas de ayer, algunos trozos que son el aporte de una leyenda que nos llama, y que se está muriendo de olvido en el regazo del pasado.

Volveré, pues, a hablaros algo de nuestras canciones más conocidas, repitiendo estrofas que aún bullen en la memoria de nuestros viejos, porque son páginas de un romance vivido en la noche siempre linda de nuestros amoríos.

En seguida os recitaré la última canción de Bartolomé Olegario Pérez:

Para todo el que lleve dentro del alma,  
hecho cadáver, su bendito amor,  
murmura el numen que mis sueños guía:  
adiós! y, para siempre, adiós!"

Del poeta Pablo Pumarol:

"Si fuera un pensamiento audaz, profundo,  
que conmoviera el orbe en un instante,  
desdeñaría de ocupar el mundo  
por ocupar tu corazón amante".

De Don Alberto Fiallo:

"De tantas y de tantas ilusiones  
que halagaron mi ardiente juventud,  
sólo queda en los cármenes del alma:  
un ciprés, una tumba y una cruz".

De Miguel Alcalá:

"Cuando me miras, tierna y sin enojos,  
mi corazón se inunda de alegría,  
porque hay más luz en tus radiantes ojos  
que en el oriente al despuntar el día.

Por exhalar mi vida entre tu seno,  
y estrecharte con loco desvarío  
con qué placer apuraría el veneno  
si lo hubiese en tus labios, ángel mío!"

De un poeta, periodista y trovador, que murió trágicamente a dos cuadras de este recinto, y que, siendo extranjero, dió bajo nuestro cielo la mejor cosecha de su jardín, Eduardo Scalan, son estos versos que él compusiera, instrumentara y cantara, para idealizar las noches de esta Ciudad Romántica.

"Si la brisa en raudos giros  
oyes triste susurrar,  
piensa que son los suspiros  
que lanzando el alma vá.

Piensa, si vés el rocío  
en el cáliz de una flor,  
que es el tibio llanto mío  
que la noche recogió".

Y aquí, permítaseme daros las gracias por la atención que os he merecido.

**RAFAEL DAMIRON.**

Este folleto se terminó de imprimir el 6 de Octubre de 1947, en la Imp. San Francisco, Papelera Ind. Dominicana, C. por A. Ciudad Trujillo, R. D.



